# D. Luis J. Alías Pérez, *in memoriam*

**Ángel Ferrández Izquierdo**

Barrachina es un pequeño pueblo de Teruel que en 1930 tenía 635 habitantes y hoy apenas 170. Allí abrió sus ojos por primera vez el pequeño, pero inquieto y viajero, Luis, que el próximo noviembre cumpliría 76 años. Cursó el bachillerato en Teruel y Zaragoza, para continuar el curso preparatorio de Farmacia en Valencia y terminar la licenciatura, con premio extraordinario, en 1955 en la capital de la Alhambra. Tres años más tarde, el añorado *cum laude*, y de nuevo el premio extraordinario, adornarían su birrete doctoral.

A partir de entonces, y en los nueve años siguientes, empieza una nueva época: ayudante de prácticas, becario del CSIC en Holanda, adjunto, encargado de cátedra y colaborador científico del CSIC. Y sigue su periplo, pues en el 64 gana por oposición la cátedra de Geología Aplicada de la Universidad de Santiago, dejando atrás las cumbres blancas de Sierra Nevada; cuatro años después pasa a Badajoz y en el glorioso 69 aterriza en Murcia para –afortunadamente- hacerse cargo de la cátedra de Geología; finalmente, en el 82 pasa a ocupar la recién creada cátedra de Edafología. Todo ello salpicado con viajes a Molina, para que fueran los paisanos de doña Purita los primeros en conocer a cada nuevo Alías Linares.

Se decía de D. Luis que era un gran especialista en Suelos; de hecho, sólo seis son los Socios de Honor de la Sociedad Española de la Ciencia del Suelo y D. Luis era uno de ellos. Pero quienes saben dicen que “el suelo lo integra todo”, a saber, roca, vegetación, atmósfera y ser vivo, por eso, sus más allegados, dicen que mayormente fue un erudito en el sentido de que fue uno de los primeros estudiosos del suelo, en España y allende nuestras fronteras, en su aspecto global. De ahí que debería ser considerado como el más riguroso precursor de ambientalistas.

Hoy, bendita coincidencia, la Tierra ha esperado a celebrar su día mundial para sumarse a este pequeño homenaje a un hombre que tantos esfuerzos le dedicó.

Se interesaba por todo, lo estudiaba todo hasta que llegaba a dominarlo. La primera colección de minerales de la Universidad de Murcia fue empeño suyo y la que existe en el museo todavía tiene su sello. Tuvo que suplir, con gran acierto, la falta de especialistas en Botánica y se empleó con todas sus fuerzas en probar que todos los procesos biológicos están fuertemente influenciados por la climatología.

Fue el pionero más riguroso en el tratamiento de la desertificación. En el año 1993 fue la primera vez, a través de una tesis por él dirigida, que en la Región de Murcia se estudió seriamente la degradación de los suelos por pérdida de materia orgánica por causa de los cultivos. Muchos fuimos testigos de su pesar cuando no se sabía distinguir entre *desertificación* (degradación del suelo por acción del hombre) y *desertización* (final de un proceso, sin retorno, por fenómenos naturales).

En el ámbito de la Química Analítica puso a punto un método que desde entonces, y hasta hoy, ha sido internacionalmente adoptado. Fue un adelantado, con envidiable visión de futuro, en la aplicación de los que ahora llamamos las nuevas tecnologías, empleando la difracción de rayos X en el análisis e investigación de materiales, técnica que sigue en vigor en el estudio de la aluminosis.

Puso todo su empeño en la confección de mapas de suelos para el estudio de la desertificación, siendo Murcia la primera región de España y de Europa en disponer de un mapa a escala 1:100.000 gracias a su iniciativa, siendo la génesis del proyecto LUCDEME (Lucha contra la Desertización en el Mediterráneo). Sus estudios de entonces siguen en plena actualidad un cuarto de siglo después.

Hace casi diez años que su cerebro le jugó una mala pasada, dejándole una brizna de vida tan tenue que parecía poderse quebrar en cada instante. El pasado lunes su luz se apagó irremediablemente para dar paso a ese merecido descanso tras una lucha sin cuartel. Ellos han perdido un esposo, un padre y un abuelo, pero otros muchos nos hemos quedado sin maestro. La Edafología de alto nivel lleva diez años huérfana y la Ciencia está de luto, precisamente el año dedicado a festejarla. Su huella es alargada y de ella seguirán beneficiándose la Matemática, la Medicina y la Química.

Se nos ha ido un maestro, con mayúsculas, en la investigación y la docencia, precisamente en una región tan necesitada de su sabiduría. Ahora podrá recuperar los sueños que la degradación de nuestros suelos le hicieron perder. Se ha despedido de nosotros un caballero de la Ciencia. Trabajador infatigable, amante del rigor y de la obra bien hecha, nos ha dejado sin ruido y con una marca imborrable. Cuando se instauraron los sexenios de investigación él fue un caso muy especial: de una tacada obtuvo los seis posibles.

Jamás olvidaré aquél 13 de junio de 2002, cuando la Academia de Ciencias recibía su bautismo en el Paraninfo, donde una silla vacía entre los académicos estaba destinada “al Dr. D. Luis Alías Pérez, un caballero de la Ciencia, humilde y honrado, maestro de tantas generaciones, quien hoy - desgraciadamente cautivo de una enfermedad - merecería y nos gustaría tener con nosotros. Querido Luis, hoy te tenemos en el corazón”. Aquél sueño se evaporó, pero no los recuerdos emocionados de entonces, que siguen tan vivos hoy.

---

*La inspiración de este artículo la comparto con la profesora Mª José Martínez Sánchez, a quien le quedo profundamente agradecido.*